

# El barón rampante

**Italo Calvino**

Traducción de Esther Benítez

Edición al cuidado de María J. Calvo Montoro

 Siruela

Biblioteca Calvino

# I

Fue el 15 de junio de 1767 cuando Cosimo Piovasco di Rondò, mi hermano, se sentó por última vez entre nosotros. Lo recuerdo como si fuera hoy. Estábamos en el comedor de nuestra villa de Ombrosa, las ventanas enmarcaban las frondosas ramas de la gran encina del parque. Era mediodía, y nuestra familia, según su vieja costumbre, se sentaba a la mesa a esa hora, pese a que ya los nobles seguían la moda, llegada de la poco madrugadora Corte de Francia, de disponerse a comer bien entrada la tarde. Soplaban un viento del mar, recuerdo, y se movían las hojas. Cosimo dijo: –¡He dicho que no quiero y no quiero! –y apartó el plato de caracoles. Jamás se había visto desobediencia más grave.

En la cabecera estaba el Barón Arminio Piovasco di Rondò, nuestro padre, con su larga peluca sobre las orejas, a lo Luis XIV, pasada de moda como tantas cosas suyas. Entre mi hermano y yo se sentaba el Abate Fauchelafleur, limosnero de la familia y ayo nuestro. Enfrente teníamos a la Generala Corradina di Rondò, nuestra madre, y a nuestra hermana Battista, monja doméstica. En el otro extremo de la mesa, enfrente de nuestro padre, se sentaba, vestido a la turca, el Caballero Abogado Enea Silvio Carrega, administrador y encargado de las aguas de nuestras fincas, y tío natural nuestro, al ser hermano ilegítimo de nuestro padre.

Hacía pocos meses, al cumplir Cosimo doce años y yo ocho, habíamos sido admitidos a la mesa de nuestros padres; es decir, yo me había beneficiado antes de tiempo de la misma promoción que mi hermano, porque no quisieron dejarme comer solo. Y digo beneficiado por decir algo; en realidad, tanto para Cosimo como para mí se había acabado la buena vida, y añorábamos las comidas en nuestro cuarto, los dos solos con el Abate Fauchelafleur. El Abate era un viejecito seco y arrugado, que tenía fama de jansenista, y de hecho, había huido del Delphinado, su tierra natal, para librarse de un juicio de la Inquisición. Pero el carácter riguroso que todos solían alabar en él, la severidad interior que se imponía a sí mismo y a los demás, cedían continuamente frente a su fundamental vocación por la indiferencia y el dejar correr, como si sus largas meditaciones con la vista clavada en el vacío sólo le hubieran conducido a un gran aburrimiento y desgana, y en cualquier dificultad, incluso mínima, sólo viera la señal de una fatalidad contra la que no merecía la pena oponerse. Nuestras comidas en compañía del Abate comenzaban tras largas oraciones, con movimientos de cuchara correctos, rituales, silenciosos, y ¡ay del que alzara los ojos del plato o hiciera el menor ruido al sorber el caldo!; pero al final de la sopa el Abate ya estaba cansado, aburrido, miraba al vacío, chasqueaba la lengua a cada sorbo de vino, como si sólo las sensaciones más superficiales y caducas consiguieran alcanzarle; con el primer plato ya podíamos ponernos a comer con las manos, y acabábamos la comida tirándonos corazones de pera, mientras el Abate dejaba caer de vez en cuando uno de sus perezosos: —...*Ooo bien!* ...*Ooo alors!*

Ahora, en cambio, sentados a la mesa con la familia, resucitaban los rencores familiares, capítulo triste de la infancia. Nuestro padre, nuestra madre siempre allí delante, el uso de los cubiertos para el pollo, y estáte derecho, y fuera los codos de la mesa, y así continuamente, y encima aquella antipática de nuestra hermana Battista. Empezaron una serie de regañinas, de porfías, de castigos, de plantes, hasta el día en que Cosimo rechazó los caracoles y decidió separar su suerte de la nuestra.

De esta acumulación de resentimientos familiares sólo me

di cuenta después; entonces sólo tenía ocho años, todo me parecía un juego, nuestra guerra de niños contra los mayores era la habitual de todos los niños, y no comprendía que la obstinación que en ella ponía mi hermano escondía algo más profundo.

Nuestro padre, el Barón, era un hombre aburrido, es cierto, pero no malo; aburrido porque su vida estaba dominada por ideas desfasadas, como suele ocurrir en épocas de transición. La agitación de los tiempos contagia a muchos una necesidad de revolverse pero en sentido contrario, fuera de lugar. Y así, nuestro padre, con lo que entonces se estaba cociendo, exigía el título de Duque de Ombrosa, y no pensaba más que en genealogías y sucesiones y rivalidades y alianzas con los potentados vecinos y lejanos.

Por eso en nuestra casa se vivía siempre como si estuviéramos en un ensayo general de una invitación a la Corte, no sé si la de la Emperatriz de Austria, la del Rey Luis, o acaso la de esos montañeses de Turín. Se servía un pavo, y nuestro padre nos miraba con recelo para ver si lo trinchábamos y descarnábamos según todas las reglas reales, y el Abate casi no lo probaba para no ser cogido en falta, él que debía apoyar a mi padre en sus reproches. En cuanto al Caballero Abogado Carrega, habíamos descubierto su falsedad; hacía desaparecer muslos enteros bajo los faldones de su ropón turco, para comérselos después a mordiscos como a él le gustaba, escondido en la viña; y habríamos jurado (aunque nunca conseguimos pillarle de tan ágiles que eran sus movimientos) que venía a la mesa con un bolsillo lleno de huesecitos ya pelados, para dejarlos en el plato en lugar de los cuartos de pavo hechos desaparecer enteros. Nuestra madre la Generala no contaba, porque utilizaba bruscos modales militares incluso al servirse en la mesa, «*So! Noch ein wenig! Gut!*», y nadie replicaba; pero con nosotros le importaba, si no la etiqueta, sí la disciplina, y secundaba al Barón con sus órdenes de campo de maniobras, «*Sitz' ruhig!* ¡Y límpiame la boca!». La única que se encontraba a sus anchas era Battista, la monja doméstica, que descarnaba pollitos con minucioso ensañamiento, fibra a fibra, con unos cuchillitos afilados que tenía sólo ella, una especie de bisturís. El Barón, que

habría debido ponérsola de ejemplo, no se atrevía a mirarla, porque con aquellos ojos trastornados bajo las alas de la toca almidonada, los dientes apretados en su amarilla carita de ratón, le daba miedo también a él. Así se entiende que la mesa fuera el lugar donde salían a la luz todos los antagonismos, las incompatibilidades entre nosotros, y también todas nuestras locuras e hipocresías; y que justamente en la mesa se produjera la rebelión de Cosimo. Por eso me detengo en el relato, pues no volveremos a encontrar mesas puestas en la vida de mi hermano, podemos estar seguros.

Era también el único sitio donde nos encontrábamos con los mayores. Durante el resto del día nuestra madre estaba retirada en sus habitaciones haciendo encajes y bordados y puntillas, porque en verdad la Generala sólo sabía atender a estas labores tradicionalmente femeninas y sólo en ellas desfogaba su pasión guerrera. Eran encajes y bordados que solían representar mapas; y extendidos sobre cojines o tapices, nuestra madre los punteaba con alfileres y banderitas, marcando los planes de batalla de las Guerras de Sucesión, que conocía al dedillo. O bien bordaba cañones, con las distintas trayectorias que partían de la boca de fuego, y las horquillas de tiro, y los ángulos de proyección, porque era muy competente en balística, y además tenía a su disposición toda la biblioteca de su padre el General, con tratados de arte militar y tablas de tiro y atlas. Nuestra madre era una Von Kurtewitz, Konradine, hija del general Konrad von Kurtewitz, que veinte años antes había ocupado nuestras tierras al mando de las tropas de María Teresa de Austria. Huérfana de madre, el General se la llevaba consigo al campo de batalla; nada novelesco, viajaban bien equipados, alojados en los mejores castillos, con un tropel de sirvientas, y ella se pasaba los días haciendo encajes de bolillos; eso que cuentan de que también ella iba a la batalla, a caballo, son puras leyendas; siempre fue una mujercita de piel rosada y nariz respingona como la recordamos nosotros, pero le había quedado la pasión militar paterna, quizá como protesta contra su marido.

Nuestro padre era de los pocos nobles de nuestra región que se unieron a los imperiales en aquella guerra; recibió con los brazos abiertos al general Von Kurtewitz en su feudo, puso

a su disposición sus hombres, y para mostrar mejor su entrega a la causa imperial se casó con Konradine; todo con la esperanza del Ducado, pero también entonces la cosa le salió mal, como de costumbre, porque los imperiales desalojaron pronto y los genoveses le abrumaron a impuestos. Pero había ganado una buena esposa, la Generala, como se la llamó después de morir su padre en la expedición a Provenza, y María Teresa le mandó un collar de oro sobre un cojín de damasco; una esposa con la que casi siempre estuvo bien aunque ella, educada en los campamentos, sólo soñaba con ejércitos y batallas y le reprochaba no ser más que un liante poco afortunado.

Pero en el fondo los dos se habían quedado en la época de las Guerras de Sucesión, ella con la artillería en la cabeza, él con los árboles genealógicos; ella soñaba para nosotros sus hijos con un grado en un ejército, en cualquiera, él nos veía en cambio casados con una gran duquesa electora del Imperio... Con todo, fueron excelentes padres, pero tan distraídos que los dos pudimos crecer casi abandonados a nosotros mismos. ¿Fue un mal o un bien? ¿Quién puede decirlo? La vida de Cosimo fue tan fuera de lo común, la mía tan ordenada y modesta... y sin embargo, pasamos juntos nuestra niñez, indiferentes ambos a los resquemores de los adultos, buscando caminos distintos de los trillados por la gente.

Trepábamos a los árboles (estos primeros juegos inocentes ahora en mi recuerdo se cargan de una luz de iniciación, de presagio; pero ¿quién pensaba en eso, entonces?), remontábamos los torrentes saltando de roca en roca, explorábamos cavernas a la orilla del mar, nos deslizábamos por las balaustradas de mármol de las escalinatas de la villa. En uno de estos deslizamientos empezó para Cosimo una de las más graves razones de choque con nuestros padres, porque se le castigó, injustamente según él, y desde entonces guardó un rencor contra la familia (¿o la sociedad?, ¿o el mundo en general?) que se expresó después en su decisión del 15 de junio.

A decir verdad, ya nos habían prohibido deslizarnos por la balaustrada de mármol de las escaleras, no por miedo a que nos rompiésemos un brazo o una pierna, que esto no preocupaba a nuestros padres y por eso –creo– nunca nos rompimos

nada, sino porque al crecer y al aumentar de peso podíamos tirar al suelo las estatuas de antepasados que nuestro padre había mandado colocar en las pilastras finales de las balaustradas, en cada tramo de las escaleras. De hecho, Cosimo ya había derribado una vez a un tatarabuelo obispo, con mitra y todo; fue castigado, y a partir de entonces aprendió a frenar un instante antes de llegar al final del tramo y a saltar a punto de chocar contra la estatua. También yo aprendí, porque lo seguía en todo, sólo que yo, más modesto y prudente, saltaba a mitad del tramo o bien me deslizaba a trechos, con continuos frenazos. Un día él bajaba por la balaustrada como una flecha, y ¿quién subía por las escaleras? El Abate Fauchelafleur, que deambulaba con el breviario abierto, pero con la mirada clavada en el vacío como una gallina. ¡Si hubiera estado medio dormido, como de costumbre! Pues no, estaba en uno de esos momentos, que también tenía, de suma atención y aprensión por todas las cosas. Ve a Cosimo, piensa: balaustrada, estatua, ahora choca, ahora me regañan también a mí (porque por cada travesura nuestra también le regañaban a él, que no sabía vigilarnos), y se lanza sobre la balaustrada a sujetar a mi hermano; Cosimo choca con el Abate, lo arrastra balaustrada abajo (era un vejete todo piel y huesos), no puede frenar, tropieza con redoblado impulso contra la estatua de nuestro antepasado Cacciaguerra Piovasco, cruzado en Tierra Santa, y acaban todos al pie de las escaleras: el cruzado hecho migas (era de yeso), el Abate y él. Hubo reprimendas inacabables, azotes, deberes, reclusión a pan y sopa fría. Y Cosimo, que se sentía inocente porque la culpa no había sido suya sino del Abate, salió con aquella invectiva feroz: —¡Me traen al fresco todos vuestros antepasados, señor padre! —que anunciaba ya su vocación de rebelde.

Igual que nuestra hermana, en el fondo. También ella, a pesar del aislamiento en que vivía, impuesto por nuestro padre después de la historia del Marquesito de la Mela, siempre había sido un alma rebelde y solitaria. Nunca se supo muy bien lo que había pasado con el Marquesito. Hijo de una familia hostil a nosotros, ¿cómo pudo colarse en nuestra casa? ¿Y para qué? Para seducir, mejor dicho, para violar a nuestra hermana,

se dijo en la larga querrela que surgió entre las familias. En realidad, nunca conseguimos imaginarnos a aquel bobalicón peccoso como un seductor, y todavía menos con nuestra hermana, desde luego más fuerte que él, y famosa por echar pulsos incluso con los mozos de cuadra. Y, además, ¿por qué fue él quien gritó? ¿Y cómo lo encontraron los criados que acudieron con nuestro padre, con los calzones hechos jirones, desgarrados como por las zarpas de una tigresa? Los De la Mela nunca quisieron admitir que su hijo hubiera atentado contra el honor de Battista ni consentir la boda. De modo que nuestra hermana acabó enterrada en casa, con hábitos de monja, aunque sin haber pronunciado nunca votos ni de terciaria, dada su dudosa vocación.

Su ánimo malvado se manifestaba sobre todo en la cocina. Era una excelente cocinera, pues no carecía de diligencia ni de fantasía, dotes principales de toda cocinera, pero donde ella ponía las manos nunca se sabía qué sorpresas podían llegar a la mesa: una vez había preparado unas tostadas de paté, finísimas a decir verdad, con hígado de ratón, y sólo nos lo dijo cuando ya las habíamos comido y apreciado; por no hablar de las patas de saltamontes, las de atrás, duras y dentadas, puestas en mosaico sobre una tarta; y las colitas de cerdo asadas como si fueran rosquillas; y aquella vez que mandó cocer un puerco espín entero, con todas las púas, quién sabe por qué, desde luego sólo para impresionarnos al levantar el cubreplatos, porque ni siquiera ella, que siempre se comía cualquier clase de cosa que hubiera preparado, quiso probarlo, aunque era un puerco espín cachorro, rosado, y desde luego tierno. En realidad, gran parte de su horrenda cocina se la inventaba sólo por la apariencia, más que por el placer de hacernos saborear con ella alimentos de gusto espeluznante. Estos platos de Battista eran obras de delicadísima filigrana animal o vegetal: cabezas de coliflor con orejas de liebre puestas sobre un cuello de piel de liebre; o una cabeza de cerdo de cuya boca salía, como si sacara la lengua, una langosta roja, y la langosta sostenía en las pinzas la lengua del cochino como si se la hubiera arrancado. Y además los caracoles: había conseguido decapitar no sé cuántos caracoles, y las cabezas, aquellas cabezas



de caballitos blandos, blandos, las había clavado, creo que con un palillo, cada una en un profiterol, y parecían, al llegar a la mesa, una bandada de pequeñísimos cisnes. Más aún que la vista de aquellas delicias impresionaba pensar en el celoso ensañamiento que desde luego había puesto Battista al prepararlas; imaginaos sus finas manos desmembrando aquellos cuerpecitos de animales.

La forma en que los caracoles excitaban la macabra fantasía de nuestra hermana nos indujo, a mi hermano y a mí, a una rebelión, que era a la vez solidaridad con los pobres animales despedazados, desagrado por el sabor de los caracoles cocinados, e intolerancia hacia todo y todos, hasta el punto de que no hay que asombrarse de que a partir de entonces Cosimo madurase su gesto y lo que le siguió.

Habíamos tramado un plan. Cuando el Caballero Abogado traía a casa una canasta llena de caracoles comestibles, éstos se colocaban en la bodega en un barril, para que estuvieran en ayunas, comiendo sólo salvado, y se purgasen. Al quitar la tapa de madera de aquel barril aparecía una especie de infierno, donde los caracoles se movían por las duelas con una lentitud que era ya un presagio de agonía, entre restos de salvado, estrías de opaca baba grumosa y caracolescos excrementos coloreados, recuerdo del buen tiempo al aire libre y de las hierbas. Algunos estaban completamente fuera de la concha, con la cabeza tendida y los cuernos abiertos, algunos replegados sobre sí, mostrando sólo las desconfiadas antenas; otros en corrillos como comadres, otros dormidos y cerrados, otros muertos con la concha al revés. Para salvarlos del encuentro con aquella siniestra cocinera, y para salvarnos a nosotros de sus exquisiteces, practicamos un agujero en el fondo del barril, y desde allí trazamos, con briznas de hierba picada y miel, un camino lo más escondido posible, detrás de barricas y enseres de la bodega, para atraer a los caracoles por la vía de escape, hasta un ventanuco que daba a un arriate inculto y lleno de malezas.

Al día siguiente, cuando bajamos a la bodega a comprobar los resultados de nuestro plan, y a la luz de una vela inspeccionamos los muros y los pasadizos, ¡Uno aquí!... ¡Y otro allí!... ¡Y mira éste dónde ha llegado!, ya una fila de caracoles

recorría con breves intervalos el pavimento y los muros desde el barril al ventanuco, siguiendo nuestro rastro. –¡Deprisa, caracolutos! ¡Daos prisa, escapad! –no pudimos evitar decirles, al ver a los animalitos andar despacio, desviándose en ociosos rodeos por las ásperas paredes de la bodega, atraídos por ocasionales sedimentos y mohos y costras calcáreas; pero la bodega estaba oscura, atestada, y llena de accidentes; esperábamos que nadie pudiera descubrirlos, que tuvieran tiempo de escapar todos.

Y en cambio, el alma sin paz de nuestra hermana Battista recorría de noche toda la casa a la caza de ratones, sosteniendo un candelero, y con el fusil bajo el brazo. Pasó por la bodega aquella noche, y la luz del candelero iluminó un caracol extraviado por el cielo raso, con su estela de baba de plata. Resonó una descarga. Todos nos sobresaltamos en nuestras camas, pero inmediatamente volvimos a hundir la cabeza en las almohadas, acostumbrados como estábamos a las cacerías nocturnas de la monja doméstica. Pero Battista, destruido el caracol y derribado un trozo de revoque con aquel escopetazo irracional, empezó a gritar con su vocecilla estridente: –¡Socorro! ¡Se escapan todos! ¡Socorro! –Acudieron los sirvientes medio desnudos, nuestro padre armado con un sable, el Abate sin peluca, y el Caballero Abogado, antes de enterarse de nada, por temor a incordios, escapó al campo y se fue a dormir a un pajar.

A la luz de las antorchas todos se pusieron a dar caza a los caracoles por la bodega, aunque nadie los apreciara, pero ya estaban despiertos y no querían, por el bendito amor propio, admitir que se les había molestado por nada. Descubrieron el agujero en el barril y comprendieron de inmediato que habíamos sido nosotros. Nuestro padre vino a atraparnos en la cama con el látigo del cochero. Acabamos cubiertos de estrías violeta en la espalda, las nalgas y las piernas, encerrados en el mísero cuartito que nos servía de prisión.

Nos tuvieron allí tres días a pan agua ensalada cortezas de buey y sopa fría (que, afortunadamente, nos gustaba). Después, primera comida en familia, como si nada hubiera ocurrido, todos muy en punto, ese mediodía del 15 de junio. ¿Y

qué había preparado nuestra hermana Battista, superintendente de la cocina? Sopa de caracoles, y guiso de caracoles. Cosimo no quiso tocar ni una concha. —¡Comed o en seguida os encerramos en el cuartito! —Yo cedí, y comencé a engullir aquellos moluscos. (Fue una cobardía por mi parte, e hizo que mi hermano se sintiera más solo, de modo que en el acto de abandonarnos había también una protesta contra mí, que le había decepcionado; pero yo sólo tenía ocho años, y además ¿de qué sirve comparar mi fuerza de voluntad, mejor dicho, la que podía tener de niño, con la obstinación sobrehumana que marcó la vida de mi hermano?)

—¿Y bien? —dijo nuestro padre a Cosimo.

—¡No y no! —dijo Cosimo, y apartó el plato.

—¡Fuera de esta mesa!

Pero ya Cosimo nos había dado la espalda a todos y estaba saliendo de la sala.

—¿Adónde vas?

Lo veíamos por la puerta de cristales mientras en el vestíbulo cogía su tricornio y su espadín.

—¡Yo lo sé! —corrió al jardín.

Al rato, por las ventanas, lo vimos encaramarse a la encina. Estaba vestido y peinado con gran propiedad, como nuestro padre quería que viniera a la mesa, a pesar de sus doce años: cabellos empolvados con lazo en la coleta, tricornio, corbata de encaje, frac verde con colas, calzones de color malva, espadín, y altas polainas de piel blanca hasta medio muslo, única concesión a un modo de vestir más acorde con nuestra vida campesina. (Yo, como sólo tenía ocho años, estaba exento de empolverme el cabello, salvo en las ocasiones de gala, y del espadín, que en cambio me habría gustado llevar.) Y así trepaba por el nudoso árbol, moviendo brazos y piernas por las ramas con una seguridad y una rapidez producto de las largas prácticas que habíamos hecho juntos.

Ya he dicho que pasábamos horas y horas en los árboles, y no por motivos prácticos como hacen muchos niños, que suben a ellos sólo para buscar fruta o nidos, sino por el placer de superar difíciles protuberancias del tronco y horcaduras, y llegar lo más alto que podíamos, y encontrar buenos sitios

donde pararnos a mirar el mundo allá abajo, a gastar bromas y decir cosas a quien pasaba. Me pareció, pues, natural que la primera idea de Cosimo, ante aquel injusto ensañamiento contra él, hubiera sido trepar a la encina, árbol que nos era familiar y que al extender sus ramas a la altura de las ventanas de la sala imponía su actitud desdeñosa y ofendida a la vista de toda la familia.

–*Vorsicht! Vorsicht!* ¡Se va a caer, pobrecillo! –exclamó llena de angustia nuestra madre, que nos habría visto de buen grado a la carga bajo los cañonazos, pero a la que preocupaba cualquiera de nuestros juegos.

Cosimo subió hasta la horqueta de una gruesa rama donde podía estar cómodo, y se sentó allí, con las piernas colgantes, los brazos cruzados con las manos bajo las axilas, la cabeza hundida entre los hombros, el tricorno calado sobre la frente.

Nuestro padre se asomó al antepecho.

–¡Cuando te canses de estar ahí cambiarás de idea! –le gritó.

–¡Nunca cambiaré de idea! –dijo mi hermano, desde la rama.

–¡Te las verás conmigo en cuanto bajas!

–¡Yo no bajaré nunca más!

Y mantuvo su palabra.